

La carrera científica de dom Germán Morin, O. S. B.

Con la muerte de dom Germán Morin (12-II-1946) la historia de la erudición y de las investigaciones patristicas habrá escrito en el templo de la inmortalidad uno de los nombres más esclarecidos. Hijo genuino de la familia benedictina, heredero de las grandes figuras de su tradición en la religiosidad y la cultura, dejará, como ellas, un surco fecundo y duradero en los anales de la exploración literaria del pasado. Hace cincuenta años que su firma contrastaba todo paso de avance en los estudios de la antigüedad cristiana.

Era un Maurino desterrado en un mundo de tranvías, de llamadas de teléfono y... de ediciones "diamante". No se le concibe si no es sobre un fondo de infolios, anaquelados bajo una bóveda claustral, o encorvando su mirada anhelosa de arrancar el secreto a rúgosos códices.

Algo había en él del espíritu de conquista y exploración de archivos y bibliotecas de un Mabillon; del ardor infatigable en el trabajo, de un Estiennot; de la fina sagacidad en discernir y cribar los antiguos fondos patristicos de un Pedro Constant. Sus volúmenes definitivos están pidiendo ser catalogados en los estantes de los grandes editores de San Germán de los Prados.

Una semblanza algo extensa de su personalidad literaria no estará fuera de lugar en la revista ESTUDIOS ECLESIASTICOS, que, dentro del ámbito de sus secciones, ha tenido que hacerse eco repetidas veces de las conclusiones del sabio investigador.

No es raro hallar a lo largo de sus escritos rasgos autobiográficos y datos sobre sus métodos de trabajo, que vamos a espigar. Singularmente sugestivo y aleccionador a este respecto es un artículo suyo publicado en la *Nouvelle Revue d'Hongrie*, marzo de 1938: *Comment j'ai fait mon édition des oeuvres de Saint Césaire d'Arles*. Con ocasión de la magna

obra sobre el santo predicador del siglo VI, relata dom Morin, en tono festivo unas veces, serio y sencillito otras, las varias e interesantes fases de su vocación, destino literario, proyectos, éxitos resonantes (1).

A este material informativo podemos añadir otro, de carácter particular. Por coincidencia literaria en los mismos temas de investigación patristica, y gracias a la bondadosa condescendencia del ilustre benedictino, el autor de estas líneas se sintió extraordinariamente honrado con una amistad—si de amistad puede hablarse ante tal desnivel de prestigio y autoridad científica—nuevo testimonio de la generosa elevación de sentimientos que albergaba el patrólogo de renombre universal. Un cierto número de cartas, espaciadas en estos diez últimos años, contienen no pocas apreciaciones literarias, proyectos, proposiciones de temas de estudio para la patristica española, datos interesantes acerca de los últimos días de su vida en Friburgo de Suiza y Locarno. Traducidas con la posible fidelidad, tal vez no carezcan de algún atractivo para los lectores (2).

Con tonos de cierta solemnidad, y desenfado al mismo tiempo, describe dom Morin las líneas generales de su carrera, cuando, al editar en 1930 los múltiples Sermones de San Agustín, por él descubiertos y depurados, declara:

Ego Leopoldus Morin, qui et Germanus, Cadomo vel potius Catunago in Normannia, urbe quondam inclita oriundus, in illa insigni s. protomartyris Stephani basilica, cui primus abbas praeiuit suae aetatis miraculum Lanfrancus Papiensis, Deo et Christo renatus sum. Adolescens cum Familiae Benedictinae nomen dare statuissem, iam tum saeviente in religiosos ordines persecutione e patria migrare coactus in Maretiolense coenobium veni, quod deducta ex Beurona colonia in provincia Namurcensi apud Belgas paulo ante conditum erat. Exhinc, cum ad nullam aliam rem utilis essem, perquirendis explanandisque christianae antiquitatis monumentis summo me studio dedidi, multaque hucusque incognita documenta repperi, multas quaestiones ad rem litterariam pertinentes Dei beneficio expedivi, quibus mihi exilia mutanti ac paene omnibus adminiculis saepius destituto amplissimum tamen vitae pretium repensum est. Inprimis vero magnum Augus-

(1) *Comment j'ai fait mon édition des oeuvres de saint Césaire d'Arles*, par dom Germain Morin. O. S. B. Tirage à part de la "Nouvelle Revue de Hongrie" (Mars 1938) Budapest, 1938. Haremos las citas con la sigla NKH.

(2) Las citas que vayan seguidas de una fecha se toman de esta correspondencia.

tinum praecipuo semper amore prosecutus sum, ut cetera omnia, haud excepta Caesarii Arelatensis quam multis annis elaboraveram editione, ei posthabenda censerem. Unde credo contigit, ut novam sermonum illius messem contra omnium opinionem colligerem, quantam nemini fere post Maurinos e latebris eruere concessum (3).

Nació, pues, a la vida natural en Caen, de Normandía, en 1861, y a la vida monástica en Maredsous, en la flor de su adolescencia.

Acabados sus estudios teológicos en esta abadía, en 1886, su abad Plácido Wolter—uno de los fundadores de Beuron—le destinó como inspector de un Colegio recién establecido para los hijos de las familias más distinguidas de Bélgica.

Nadie, sin duda alguna, se imaginaría al que había de ser el patriarca de los estudios de erudición y explorador genial de archivos, en la algarabía ensordecedora de un Colegio de “monigotes—así los llama él—molestos más que la sarna, que no le dejaban ni un momento de reposo ni de día ni de noche”.

¿Antojábasele a alguno pedir permiso para salir del estudio? Ya se podía temer que era para volcar en el tránsito la lámpara de petróleo, con gran peligro de incendiar toda el ala del edificio. Peor era la cosa en el dormitorio: no faltaban bebés que levantaban en vilo a todo el mundo, llamando a gritos a la “chacha”, como si estuvieran en su propia casa. Naturalmente, el resto de la pollada se aprovechaba del alboroto para correr de camarilla en camarilla, enredándose en pugilatos dignos de otro lugar y tiempo (4).

El resultado fué que el inspector perdía el sueño y la salud. Por imposición facultativa fué menester exonerarle al cabo del año de aquella carga, para la cual no había nacido.

¿Cuál sería su destino definitivo? Desde luego, los estudios. Hervía en su espíritu el entusiasmo por las letras clásicas; los cursos de filosofía y de teología habían hecho de él un escolástico, más aún, un tomista furibundo. Todavía, siendo anciano, recordaba sus “mercuriales” escolares, desarrolladas con paz académica en el aula profesoral, prolongadas más tarde a puñetazo limpio en la libertad de los patios.

Pero yo sentía entonces que era menester algo más pacífico, más en armonía con la atmósfera del claustro [...]. ¿Trabajos de

(3) G. MORIN, *Sancti Augustini. Sermones post Maurinos reporti* (Roma, 1930) 423.

(4) NRH. 1.

erudición? Sin duda alguna [...]. Pero había contraído, no sé cómo, una fuerte repulsión contra la crítica moderna, a la cual consideraba, equivocadamente, como inconciliable con la mística medieval, que hasta entonces había obtenido mis preferencias (5).

Errabundo por los anaqueles de la biblioteca, como pidiendo un destino a los solemnes infolios, y sin salir de las indecisiones del principiante, vino a topar, por dicha suya, con el Dr. Tomás Bouquillon, huésped a la sazón de la abadía, moralista de gran erudición, profesor más tarde de la recién fundada Universidad de Wáshington. El consejo, solicitado por la ansiedad del joven, fué tan decisivo como acertado: "Francés y benedictino, ¿por qué no nos prepara usted la edición, tan deseada, de las Obras de San Cesáreo de Arlés, la única empresa de gran aliento que dejaron por realizar los benedictinos de San Mauro?" Y al consejo seguía un programa detallado de trabajo, sin disimular lo arduo del proyecto, como tampoco el mérito y la gloria de su ejecución. L. Duchesne, profesor entonces del Instituto Católico de París, y Leopoldo Delisle, Director de la Biblioteca Nacional, apoyaron la idea con entusiasmo. La suerte estaba echada: el abad aprobó la decisión, lanzando al joven estudioso por las vías de sus gloriosos antepasados. Quedaba trazada la ruta a una de las vocaciones más fructuosas en los estudios patristicos.

Los primeros pasos dados en ella marcan su carrera desde los comienzos con el sello de seriedad y de trabajo ímprobo que había de caracterizarla. La obra de San Cesáreo de Arlés, como un día los ecos de su predicación, se hallaba, en gran parte, dispersa a los cuatro vientos, oculta en multitud de códices anónimos o seudepígrafos; y era menester arrebatar el secreto a los archivos. Comenzó por transcribir, de su propia mano, para habituarse al estilo, el texto de todos los sermones y opúsculos reconocidos por auténticos según el testimonio de los mejores críticos: transcripción laboriosa, pero que dió el fruto positivo de fijar en la mente del investigador los giros y rasgos característicos de lenguaje y estilo, en tal grado que le capacitaba para reconocer certeramente las obras arlesianas, aun perdidas en un cúmulo de otras producciones anónimas y extrañas. Con ello se delineaba también desde el principio la índole peculiar de la investigación de dom Morin, en la cual ha brillado con sin igual maestría: la crítica interna.

Siguió después el examen y despojo de los catálogos de

(5) NRH. 2.

manuscritos, de los homiliarios y colecciones de procedencia arlesiana, de toda la homilética occidental, desde San Agustín hasta San Gregorio Magno. "Sólo Dios sabe el número de sus piezas", exclama asombrado el generoso investigador.

Casi todo el año 1887 lo dedicó a recorrer los archivos de Francia, en viaje accidentado y pintoresco, con la variedad de peripecias que imponía el capricho de los viejos reglamentos de archivos y bibliotecas: algo de aventurero y quijotesco para quien trasponga con la imaginación los sesenta años que nos separan de aquellas calendas.

Y, sin embargo, no era esto sino el preludio de un itinerario de más de treinta años, a través de las bibliotecas de Bélgica, Inglaterra, Alemania, Italia... La Academia de Viena solicitó honrar con la edición su *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*. La necesidad de un más amplio instrumental de trabajo, en libros y manuscritos, hizo que, con la bendición de sus Superiores y de la Santa Sede, trasladara su taller a la abadía de San Bonifacio de Munich. Al dar cima a su magna empresa protestaba con noble y elevada gratitud:

Aun siendo francés, y precisamente por serlo, quiero proclamar solemnemente que, gracias singularmente al interés y a las simpatías eficaces halladas por todas partes en Alemania para mis trabajos, podrá disfrutar la posteridad del término feliz de esta obra, de otra suerte casi irrealizable (6).

En abril de 1942, el benemérito anciano, de ochenta y dos años sentía el dorado crepúsculo de sus días en la glorificación de aquel empeño que había sido el sueño de su juventud:

Acabo de recibir su *Epistolario de San Braulio de Zaragoza* (7): gracias por tan precioso obsequio; lo conservaré como un tesoro, y voy a estudiarlo a fondo apenas me dejen libre mis tareas sobre la impresión del volumen de San Cesáreo de Arlés, para el cual estoy haciendo los índices. Ha de ser ofrecido al Padre Santo, el cual se ha dignado aceptar la Dedicatoria, para el 27 de agosto próximo, XIV centenario de la muerte del santo obispo; y, como usted sabe, las pruebas de imprenta llegan con mucha irregularidad de Bélgica a Suiza en los tiempos que corremos.

El sucesor de San Cesáreo, Mgr. el Arzobispo de Aix y Arlés,

(6) NRH, 5.

(7) En carta del 21 de mayo 1943 nos manifestaba su sentencia sobre la autenticidad de todo el *Epistolario de Braulio*, y que no daba "la menor importancia a las objeciones en contrario".

prepara grandes fiestas, por varios días consecutivos, en la antigua primacial de San Trófilo (antes, San Esteban), de Arlés, para fines de octubre. Todos los Obispos del mediodía de Francia tomarán parte en ellas, y su Excelencia ha tenido la amabilidad de invitarme; pero me veo imposibilitado de acudir en las presentes circunstancias. Parece que el Papa se ha propuesto declarar a San Cesáreo *Doctor Ecclesiae*, por su propia autoridad, sin pasar por las formalidades ordinarias, como lo hizo Pío XI con San Pedro Canisio (Friburgo, 8 de abril, 1942).

A las mismas solemnidades se refieren unas líneas de noviembre del mismo año, veladas con un ligero tinte de tristeza y desencanto, por el rigor de las circunstancias:

El último volumen de San Cesáreo de Arlés está impreso, aunque todavía no en estado de ser publicado, por la maldad de las circunstancias actuales. ¡Es una pena! Era deseo de todos haberlo tenido ya para las fiestas del XIV centenario (542-1942) que acaban de celebrarse en Arlés con excepcional solemnidad. Mgr. el Arzobispo me había invitado amabilísimamente; pero en las contingencias actuales no pude acudir, exponiéndome a las peores consecuencias.

Ruegue usted por mí, Rvdo. Padre. El viernes próximo, 6 de noviembre, entraré, con la gracia de Dios, en mis ochenta y dos años; y heme aquí que ya soy el más viejo y, por lo mismo, el más inútil de todos los benedictinos de la Congregación belga (Friburgo, 2-XI-1942).

Al mes siguiente añadía:

La impresión del último volumen de San Cesáreo toca a su fin, gracias a la munificencia de S. S. Pío XII y al interés de S. E. el Cardenal Mercati (Fiesta de San José, 1942).

La magna obra, fruto de cincuenta años de investigación, en el examen de más de setenta manuscritos, con gran cantidad de inéditos que se exhumaban e identificaban desprovistos de toda señal de procedencia, apareció en tres hermosos volúmenes en 4.º mayor, ante la admiración y el aplauso de la crítica.

¡Digna de mejor suerte! La última mención que de esta edición aparece en su correspondencia, es un grito de dolor, trágico en medio de su laconismo:

Mi edición de San Cesáreo ha sido enteramente destruida en el incendio de la imprenta de Desclée, en Brujas (11 de enero, 1944).

Pero San Cesáreo de Arlés, a pesar de haber sido el des-

tino de su vida, no canalizó tan exclusivamente su actividad que cerrara sus ojos a los hallazgos que le salían al paso a lo largo del camino. Fué el consejo de su primer mentor, el profesor Bouquillon, felizmente obedecido y coronado con cosechas ubérrimas.

No es éste el caso de contar los varios centenares de números, en hallazgos de inéditos, identificaciones afortunadas, ediciones críticas, interpretaciones felices, exactos comentarios, que integran su patrimonio literario. Sólo unos títulos de muestra.

Joven todavía, en el Seminario de Namur, dió con una traducción latina, antiquísima y completa, de la *Carta de Clemente Romano*, que Lightfoot declaró haber sido desconocida durante toda la Edad Media, y provocó toda una literatura. Siguen luego los *Comentarios* de San Jerónimo sobre los Salmos, y los 80 *Tractatus* restituídos al mismo santo Doctor.

En una Conferencia tenida en la Universidad de Lovaina, el año 1905, proponía varios temas de investigación a los jóvenes estudiosos; uno de ellos era: la crítica y edición de los Sermones de San Agustín hallados después de los Maurinos. Fué el mismo sabio investigador quien, veinticinco años más tarde, en 1930, erigía el mejor monumento al Doctor de Hipona en su centenario: *Sancti Augustini sermones post Maurinos reperti*. Meritísimo escrutinio de más de 600 sermones que, bien o mal, se colocaban bajo el busto de San Agustín, para reconocer como auténticos 138, después de una criba rigurosa y perspicaz. De ellos, 51 fueron hallados por el mismo editor; todos los demás, autenticados por su acribía. Con razón pudo gloriarse en el prólogo de formar parte de una familia que en su existencia transecular ha tenido a gala el reconocer, ilustrar y editar los escritos del Doctor de Hipona. Censor tan exigente como dom De Bruyne, acogió la publicación saludándola como la más importante del centenario agustiniano.

La crítica actual se inclina a sus soluciones sobre la procedencia gregoriana del *Antiphonarium*, y la ambrosiana del *De sacramentis*, obra de mayor personalidad que el *De mysteriis* en la herencia del Obispo de Milán; sobre la contribución especial de Nicetas de Remesiana en la elaboración del *Te Deum*; sobre el origen arlesiano del "Quicumque"; sobre el patrimonio literario de Arnobio el Joven y de Quodvultdeus de Cartago, de Bernoldo de Constanza y de Amalario de Metz.

España le debe prolongadas vigiliias. En 1893 editó el *Liber Comicus, sive lectionarius missae, quo Toletana ecclesia*

ante annos mille et ducentos utebatur, hallado por él en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, procedente de Silos; publicación que atrajo la atención del mundo sabio hacia nuestra antigua liturgia y fué el comienzo de otras ediciones similares, como las de dom Férotin y otros. Con sus estudios sobre el *De Fide* y los *Tractatus Origenis* orientó certeramente la investigación hacia su verdadero autor, San Gregorio de Elvira. Identificó el *Libellus de remediis blasphemiae*, de San Julián de Toledo, que se creía perdido. Ilustró diversamente las figuras de Baquiaro, Pastor y Siagri, Prisciliano, el luciferiano autor de los siete libros *De Trinitate*, San Leandro de Sevilla, San Isidoro de Sevilla, San Ildefonso de Toledo, Potamio de Lisboa, y otros más.

En la carpeta de su mesa de trabajo, y más profundamente, sin duda, en el ideal de sus deseos, guardaba consignados muchos temas de investigación sobre "el campo tan prometedor de los estudios patrísticos en España". Muchos de ellos fueron objeto de su correspondencia con el autor de estas líneas:

Indice de los principales hallazgos realizados en nuestros días en el campo de la antigua literatura cristiana en España, Gregorio de Elvira, Prisciliano, Baquiaro, Eutropio [se refiere al autor del *De similitudine carnis peccati*, que, después de nuestro estudio, ya no cree ser Paciano], la *Regula Magistri* (8), etc.

Resultados de los últimos estudios sobre la *Peregrinatio Egeriae*: su fecha, nombre y personalidad del autor, etc.

Una buena edición completa de los opúsculos de San Martín de Braga.

Una colección de las Reglas monásticas españolas.

Los opúsculos dogmáticos de Potamio, Pastor y Siagri, el Ps. Atanasio *De Trinitate*, etc.

Una colección de las Actas auténticas de los mártires de España.

El problema y el texto de la Hispana (9).

Muy de desear sería también un *Corpus* de los libros oficiales

(8) En carta del 21 de mayo 1943, indicaba también su opinión en la controversia suscitada sobre la *Regula Magistri* y la de San Benito: él estaba por la prioridad de la de San Benito.

(9) A la carta de marzo 1942 añadía este PS acerca de su opinión sobre la Hispana: "No tengo a mano uno de los artículos de V. R. en el cual V. R. exponía su convicción sobre el origen realmente español de la *Collectio Hispana*. Hasta ahora yo me inclinaba a admitir la opinión de Turner y de nuestro compatriota Juan Tarré, de Barcelona: es a saber, que por lo menos el núcleo de esta célebre Colección provenía del taller de Arlés, y que tal vez Cesáreo había dejado en ella sus huellas, fácilmente reconocibles. Espero que V. R. hará también luz sobre este punto".

de la *Liturgia Visigótica*; esto reclamaría un trabajo considerable y colectivo.

Hace falta, asimismo, un estudio sobre la penetración en Francia de escritos de origen español en los siglos VIII-IX (Friburgo, 8 de abril, 1942).

Poco antes consignaba esta conjetura:

Acabo de recibir del profesor Klostermann (Halle) el texto impreso de las *Homilias* que Paulo Diácono introdujo en su Homiliario bajo el nombre usurpado de Orígenes; su estilo es curioso, y yo me siento tentado a atribuirles a un autor español (Epifanía, 1942).

Finalmente, hace dos años, en contestación al anuncio de una cita de Alvaro de Córdoba, que venía a confirmar la autenticidad de los *Tractatus* de San Jerónimo sobre los Salmos, vibra de nuevo su ponderación:

Vivamente agradezco a V. R. su interesante comunicación; yo también me dediqué algún tiempo hace a la lectura de ese curioso Alvaro de Córdoba, pero no reparé en la cita del *Tractatus* de San Jerónimo sobre el Salmo XCVIII. El caso no me extraña; es una mina prodigiosa de riquezas patrísticas la que encierra esa literatura española del siglo IV al IX. Varias veces he sugerido a estudiantes de por acá, en busca de una Tesis para el doctorado, que se fijaran en el examen de ese ámbito de la literatura de la Edad Media; pero nadie ha picado todavía (Friburgo, 4 de marzo, 1944).

Como espécimen de la nobleza de su espíritu en una retractación, y por referirse a la antigua literatura cristiana de la Iglesia española, voy a traducir íntegra la siguiente carta. Es contestación al artículo aparecido en ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS (1942, 27-54): *Herencia literaria del presbítero Eutropio*, y en el cual se da una solución diversa de la suya a la cuestión sobre la paternidad de la obra *De similitudine carnis peccati*. La dedicatoria del artículo hablaba de cierta actitud audaz en su autor; el bondadoso sabio responde:

Friburgo, Fiesta de San José, 1942.

Reverendo Padre:

¿Artículo "audaz"? En manera alguna. Más bien había que escribir "perfectamente justificado".

A medida que yo iba devorando con la vista los dos primeros capítulos, sobre el DCH (*De contemnenda hereditate*) y el DVC (*De vera circumcissione*), y sin sospechar todavía sobre el contenido del tercero, me decía a mí mismo: ¡Cómo se parece todo esto al DSCP (*De similitudine carnis peccati*)! De suerte que es-

taba ya dispuesto a admitir lo que después viene usted a concluir sobre éste.

Y, verdaderamente, al restituir así el DSCP al presbítero Eutropio, viene usted a poner fin a una cruel incertidumbre que me atormentaba hacía varios años. Porque, a pesar de las adhesiones que me habían llegado de personas competentes, yo había terminado por dudar de la atribución a Paciano. Pero no es crítica negativa; usted reemplaza la negación con una atribución positiva, y ya sabré a qué atenerme si Dios me da tiempo de escribir mis Retracciones.

Sin embargo, algo quedaba a favor de la hipótesis de Paciano. No ciertamente el autor, pero por lo menos el medio, la región y la época aproximada. Yo andaba cerca: "¡Caliente, caliente!", como decíamos en el juego de la "gallina ciega"; pero no alcanzaba al verdadero personaje. El caso se presenta con mucha frecuencia en la práctica de la *Crítica interna*, y espero consagrar a ello un capítulo especial.

En conclusión, Reverendo Padre, gracias a su artículo salgo en posesión de las siguientes convicciones:

1. DCH y DVC son, en efecto, las dos Cartas que Genadio menciona en su artículo consagrado a Eutropio.
2. No queda duda posible de que el DSCP pertenece al mismo autor; y está dirigido a Cerasia o Terasia, una de las dos hijas de Geroncio.
3. No hay fundamento alguno para ver en estos opúsculos rastros de pelagianismo.
4. Yo buscaba al autor en la región norte de la Península Ibérica, tal vez en la región de Barcelona, el medio de Paciano (posterior a él) y de San Paulino.

Muchas veces me pregunto si el padre de estas dos hermanas no será el "Geroncio" cuyo recuerdo queda censurado en las obras de Sidonio Apolinar y Gregorio de Tours, y que parece haber vivido hacia el año 408.

En este día de vuestra fiesta mi recuerdo agradecido se dirige complacido a usted. ¡Qué buena tarea hubiéramos desarrollado los dos juntos si hubiéramos tenido ocasión de conocernos antes y de trabajar mano a mano!

Mil gracias, de nuevo, y muchas felicitaciones por este nuevo avance en la conquista de la verdad.

Su humilde y feliz "vencido",

D. Germán Morín, O. S. B.

La carta, además, venía por vía aérea, para asegurar su arribo en el día de San José.

Los temas españoles le perseguían en su investigación durante toda su vida.

Este viejo Baquiario—decía en otra ocasión—no cesa de interesarme y de intrigarme. Muy oportuno sería, según creo, emprender un trabajo sobre las obras de origen español utilizadas por

Fribourg, Cordeliers, 6 mai 1940.

Mon révérend Père,

C'est pour moi un jour de fête
que celui où je reçois le tratao desconocido
de San Vincente de Perkins. Excellant
à tout point de vue! et spécialement
intéressant pour moi, qui y vois la confir-
mation de mes présomptions sur la
genèse du fameux Quicumque. Je vous en
félicite et remercie de tout coeur, et quoi-
que vous n'en ayez nul besoin, vous auto-
rise pleinement à faire savoir à tout ve-
nant que je souscris des deux mains
à toutes vos conclusions. Béni soit Dieu,
qui par vous vient d'ouvrir le trésor de
traditions de son Eglise! votre humble serviteur
P. Germain Marin

Orselina Socorro, "Al Sasso", 16. XI. 1945

Mon très vénérable Père,

Comme vous le voyez, j'ai dû quitter Freibourg, l'hiver dernier ayant durement éprouvé ma faible santé. Et on m'a fait venir sous ce ciel plus clément de Cracovie, au bord du Sac Majeur, pour combien de temps, je l'ignore. Ici je n'ai pas de livres, et suis donc privé de tout contact culturel. Tout ce que je puis faire, quand l'inflammation des yeux me le permet, c'est d'écrire une révision avec corrections de mes travaux depuis plus de soixante ans (Relictationes). D'ailleurs, à mon grand âge, 85 ans, on ne devrait plus écrivain. Et maintes-fois toute une équipe de jeunes travailleurs a surgi à Merced pour remplacer ceux qui ont disparu. Illos quibet creceat, ma autem m. et j'ai des de même de vos travaux, dont il y en a un sujet de joie et de remerciement de ma part envers Dieu.

Le petit livre que je me suis permis de vous envoyer est dénué de valeur scientifique. Il était destiné à un tout simple peuple de la Suisse romande, qui depuis la Réforme ne sait plus rien de saint Bernard et de ce Pape. Et ce modeste but a été atteint, car le livre a été lu par le peuple.

Je salue avec grand profit et plaisir l'épistolaire Alvarii. Que Dieu vous conserve toujours comme à l'heure même de la science et à l'honneur de la liturgie espagnole et memento mei in orationibus vestris.

Votre reconnaissance et toujours
Gervasio

Alcuino y los demás escritores de la época carolingia. Mucho desearia saber qué piensa V. R. del origen de aquellas dos cartas pseudo-jeronimianas del manuscrito 190 de San Galo (*Revue Bénédictine*, 40, 1928, 289 sigs.); estoy persuadido de que provienen de España y de un medio muy semejante al de Baquiario. Pero usted sabrá juzgar mejor que yo (Friburgo, 4 de junio, 1943).

En el ocaso apacible de su laboriosa vida, el excelente hijo de San Benito vuelve sus ojos a su primera publicación, fragante todavía con el aroma de los juveniles fervores del noviciado: *El ideal monástico*, el más difundido de sus escritos, y proyecta cerrar en ciclo su fecunda carrera, consagrando la madurez sazónada de su saber y de su religiosidad a otra obra análoga: una traducción y breve comentario de la Regla de San Benito:

Con el fin de ocupar el tiempo de mis ocios forzosos había emprendido, a petición de mis hermanos de Maredsous, una nueva traducción francesa de la Regla de San Benito, con notas, fruto de mi experiencia de más de sesenta y dos años de vida monástica, con intención de adaptar este venerable documento del siglo VI a las condiciones de nuestro tiempo. Hubiera sido como mi testamento y el compañero, mejorado, del primer escrito de mi juventud, *El ideal monástico*, el más difundido de todos mis libros, en todas las lenguas y dialectos de Europa. Pero a causa de las circunstancias actuales temo que este fruto de mi vejez no pueda ser publicado sino después de mi muerte, y por quienes no lo entiendan y se metan a desfigurarle. Sería el último sacrificio y bien penoso; en él había puesto yo todo mi cariño (Friburgo, 21 de mayo, 1943).

Afortunadamente, se equivocó en sus tristes presentimientos. La hermosa publicación vió la luz en 1944, testamento conmovedor de su grande alma. Reanudado el comercio epistolar, interrumpido por la guerra, en carta de noviembre último, envía el obsequio, y, refiriéndose al benjamín de sus escritos, dice con modestia edificante:

El librito que me atrevo a enviaros está desprovisto de todo valor científico. Va destinado, ante todo, al pueblo sencillo de la Suiza de habla francesa, el cual después de la Reforma nada sabe de San Benito y de su Regla. Este modesto propósito se ha logrado, porque el libro se ha difundido largamente entre el pueblo menudo (Orselina, Locarno, "Al Sasso", 16-XI-1945).

La revelación de sus procedimientos de trabajo hubiera constituido un fructuosísimo curso de metodología de investigación.

Maestro en todos los secretos de la crítica interna, había adquirido una sensibilidad extrema para percibir los matices más fugaces de estilo, de personalidad y clima intelectual, en orden a caracterizar e identificar a los diversos autores. Detalles secundarios y superficiales a una vista precipitada o distraída, eran rasgos característicos decisivos ante su mirada sagaz y escrutadora.

En la crítica interna veía "algo de extraordinariamente potente y genial entre todas las operaciones en que puede ejercitarse la inteligencia humana" (10). Fué por él elevada, como ha subrayado un crítico, "al grado de una ciencia exacta" (11). Hizo de ella el eje de toda su actividad, y los casos de aplicación que se hallan en sus obras son infinitos. Dom H. Quentin, después de una serie de Conferencias en el Instituto Católico de París, precisamente sobre crítica interna, escribía a su hermano en religión que casi todos los ejemplos de que se había servido estaban tomados de los trabajos y experiencias de éste (12).

No sé si habrá llevado a término dom Morin un propósito concebido por él hace unos años, y que, realizado, haría las delicias de los amantes de estos estudios: un código de reglas de crítica interna. En la Epifanía de 1942 escribía:

Tal vez será, a mi edad, una locura; pero es muy posible que me lance al fin a escribir sobre la *Crítica interna*, como fruto de mis largas experiencias personales: ¡si al menos viviera dom Quentin!

Al año siguiente insistía en los mismos planes:

Yo quisiera a todo trance emplear mis últimos días en trazar, a la luz de mis largas experiencias, una especie de *Código de reglas de la Crítica interna*. Pero mis fuerzas van disminuyendo continuamente, con la carestía de alimentación apropiada a mis achaques; de suerte que no puedo ya trabajar cuanto quisiera. Y bien preveo que muy pronto habrá que poner a todo punto final (Friburgo, 4 de junio, 1943).

Y sería una pena que no hubiera realizado sus deseos. Porque, si bien es dado recoger a través de su obra las normas y criterios que deja caer a veces casi impensadamente de entre sus manos (13), hay que confesar, con todo, su par-

(10) En "Revue Bénédictine", 40 (1928) 251.

(11) A d'Alès, en "Recherches de Science religieuse", 28 (1938) 372.

(12) NRH, 6.

(13) Un artículo importante a este respecto es el de la "Revue Béné-

quedad en razonar reflejamente los procedimientos, por otra parte certeros, de sus hallazgos e investigaciones. No sin su grano de ironía, ha dicho en alguna ocasión:

Ceterum de indiciis, quibus authentici sermones (los de San Agustín) discernuntur, multa dicere supervacaneum censui: longinqui enim temporis usu mihi compertum est; illis eos minime indigere, qui arguto ac sapienti acumine praediti sunt; nihil porro proficere, in quibus subtile iudicium atque, ut ita dicam, sensus hic singularis censoriae critices desideratur (14).

No pocas veces, posteriores hallazgos imprevistos venían felizmente a confirmar, por demostración de testimonio externo, lo que por sola crítica interna había sido certeramente establecido.

Nada más deleitoso ni más garantizador para el hombre de estudios que esta confirmación, por medio de manuscritos, de las reconstrucciones e identificaciones llevadas a cabo con la sola ayuda de la crítica interna (15).

El que suscribe estas líneas tuvo en dos ocasiones la satisfacción de colaborar a este goce del maestro, con la confirmación de dos referencias externas, antes desconocidas, de los *Comentarios a los Salmos* de San Jerónimo, y de un importante *Sermón* de San Agustín (16).

Hojeando un día dom Morin antiguas ediciones latinas de San Juan Crisóstomo, reparó en la singularidad de estilo de 27 de sus homilias, dispersas acá y allá en tomos diversos; y por el examen interno de sus características vino a atribuir las a algún obispo de la región de Nápoles, del siglo VI. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando, poco tiempo después, halló en varios códices del siglo IX las 27 homilias señaladas, más otras tres, que formaban una serie completa y homogénea, con la lista de los *Capitula* a la cabeza!

Y he aquí que, sin sentirlo, estamos admirando otra de las cualidades típicas de la investigación del sabio benedictino:

dictine", 10 (1893) 62-88: *Mes principes et ma méthode pour la future édition de Saint Césaire*.

(14) *Sancti Augustini Sermones post Maurinos reperti*, p. IX.

(15) NREH, 7.

(16) La primera referencia se halla en la Carta IV, 31, de Alvaro de Córdoba; podrá apreciarse en la edición crítica, próxima a aparecer: *Epistolario de Alvaro de Córdoba* ("Monumenta Hispaniae Sacra", Serie patristica, vol. 1) Barcelona, 1946. La segunda referencia en la "Revue d'histoire ecclésiastique", de Lovaina, *L'authenticité d'un des nouveaux sermons de S. Augustin confirmée par le concile de Séville de 619*.

su penetrante sagacidad, coronada repetidas veces con hallazgos maravillosamente inopinados.

Aprovechando una espera entre tren y tren, examinaba en mayo de 1931, en Berna, el manuscrito anónimo 584 del fondo de Bongar. Apenas recorridos unos folios, reconoció de una manera inequívoca que los opúsculos, florilegios y poemas allí contenidos, en torno a la "trina deitas", constituían la mayor parte de las obras, que se creían perdidas, de la producción literaria del célebre "hereje" alemán Godescalco, cuya edición correrá a cargo de otro maestro de la crítica interna, émulo de dom Morin, dom Cirilo Lambot (17).

Interesante en sumo grado, y por mil aspectos instructivo, fué el caso de los *Tractatus Origenis*. Hallábase dom Morin en el "Cenáculo" de Milán, en 1899, cuando un buen día de diciembre recibe, como obsequio de su editor, Pedro Batiffol, un ejemplar de aquella obra, recientemente descubierta. Tenso el interés ante el señuelo del enigma de la paternidad literaria, rápidamente recorre sus páginas en las horas de la mañana. Ya al mediodía agradecía el obsequio a su correspondiente, manifestándole, sin embargo, con lealtad, que a su entender los *Tractatus* no eran de Orígenes, ni de Hipólito, como aquél sugería en su prefacio, sino más bien del obispo español de fines del siglo IV, Gregorio de Elvira. *Inde irae!* Suscitóse la contienda; y en una serie de artículos, nada correctos, la crítica del benedictino era puesta en la picota ante el mundo de los eruditos. Terciaron éstos de diversas partes; lanzáronse varios candidatos sobre el tapete reclamando los sufragios de la investigación; toda una mediana biblioteca pudiera formarse con las réplicas y contrarréplicas cruzadas sin interrupción durante siete años. El mismo dom Morin casi renunciaba ya a su antiguo parecer, cuando dom Wilmart, a quien precisamente estaba dedicada la edición de los *Tractatus*, descubrió en un libro raro de mediados del siglo anterior, la colección de Heine-Volbeding, la prueba apodéctica, definitiva, de que el autor de los *Tractatus* era el mismo que el de las *Homilias* sobre el Cantar de los Cantares de la colección mencionada, y éste no era otro que Gregorio de Elvira. Con delicada elegancia, enteramente francesa, dedicaba Wilmart, juntamente a Batiffol y a dom Morin, la Memoria que ponía fin inesperado a aquella controversia homérica (18).

(17) NRH, 6. Cf. DOM MORIN, *Gottschalk retrouvé*, en la "Revue Bénédictine", 43 (1931) 301-312; DOM C. LAMBOT, *Opusculs grammaticaux de Gottschalk*, ibidem, 44 (1932) 120-124.

(18) NRH, 7.

Pudieran multiplicarse los casos de este olfato venatorio del afortunado descubridor. Duchesne le llamó alguna vez "hurón" que husmea por todos los escondrijos de la antigua literatura cristiana. Otros dejan caer sobre sus hallazgos la palabra "casualidad". Samuel Berger, amigo de la infancia de dom Morin, escribía, a propósito de la publicación de los *Tractatus* de San Jerónimo, hallados por este último: "Mucho se engañaría quien pretendiera atribuir tales descubrimientos a puro efecto del azar. Dios no los concede sino a quien los ha merecido: son de ordinario fruto y recompensa de una preparación asidua e inteligente".

Y no es que todos los críticos, ante la firma de dom Morin, juraran sin más "in verba magistri". Dom Capelle, dom De Bruyne y Mercati supieron oponer reparos a ciertas conclusiones; A. d'Alès y de Labriolle se encerraban a veces en un escepticismo reservado, si no desdeñoso; la censura de Bertil Axelson se moja en tintes de especial dureza; toda la contienda sobre los *Tractatus Origenis* es una historia de contradicción y sufragios de crítica independiente. Pero todos, sin excepción, atestiguan el instinto certero del investigador, que ha señalado su paso con huellas de éxitos luminosos.

Hásele notado una tacha a su crítica de identificación de los autores, debido acaso al éxito resonante de algunos de sus innegables triunfos; era a veces demasiado absoluto en sus conclusiones, afirmando más de lo que autorizaba la documentación.

Por poner un ejemplo, allegado al que esto escribe, cuando en 1913 dom Morin editaba el tratado *De similitudine carnis peccati*, lo atribuía con toda certeza "avec certitude", "sans conteste possible" (19), a San Paciano de Barcelona. Que su estado de ánimo no era, sin embargo, el de certeza bien fundada, se ve por lo que acerca de la misma obra escribía en carta citada más arriba: "Porque, a pesar de las adhesiones que me habían llegado de personas competentes, yo había acabado por dudar de la atribución a San Paciano" (1942).

El material anónimo de sus hallazgos esperaba impaciente en su carpeta; y el deseo afanoso de señalarle una paternidad determinada hacía que, con cierto apriorismo, se fijaran sus ojos en alguna de las figuras consagradas en la patrística: como si forzosamente hubiera que adjudicar la obra a un autor de antemano conocido, y no concluir, más bien, admi-

(19) En su obra *Études, textes et découvertes* (París, 1913) 92 y 10.

tiendo acaso la existencia de un nuevo escritor. Es lo que con alguna acritud le echa en cara Bertil Axelsson (20).

De ahí también cierta versatilidad y cambio de parecer en tales identificaciones, cuando el progreso de la investigación arrojaba un nuevo dato a la controversia. Sabidas son, por citar algún ejemplo, las variaciones sucesivas de opinión en el forcejeo por arrancar la máscara al misterioso personaje que en la historia de la patrística ha recibido el nombre de "Ambrosiaster". Dom Morin lo ha identificado sucesivamente: en 1899, con el judío Isaac (*Revue d'histoire et de littérature religieuses*, 1899, 97); en 1903, con el alto funcionario Decimio Hilariano Hilario (*Revue Bénédictine*, 1903, 113); en 1914, con Evagrio de Antioquía (*Revue Bénédictine*, 1914, 1); en 1918, con Cl. Calisto o Hilario (*Athenaeum*, enero, 1918). Las soluciones se daban con las calificaciones de "indéniable et certaine"; y, sin embargo, finalmente, en 1928 confiesa desalentado que "tout cela n'a abouti à rien", y que hay que considerar la cuestión "comme insoluble", y contentarse con saborear las obras del "gran Desconocido", como le llamó Harnack, salvo algún hallazgo imprevisto en los archivos: desprovista de término de comparación, la crítica se halla en un callejón sin salida (21).

Algo de esto habría que censurar también en algunas fases de la controversia sobre el autor de los *Tractatus Originis*, en sus estudios sobre la paternidad del "Quicumque", etc.

Deficiencia ésta que en dom Morin estaba contrapesada y corregida por una cualidad de alto valor en un investigador de su prestigio y nombradía: la disposición y presteza en retractar sus equivocaciones.

Con lealtad que honra al verdadero sabio protesta dom Morin en alguna parte de que jamás ha vacilado en confesar sus propios yerros (22). Y sus escritos hacen verdadera esta declaración. Es un rasgo típico de su personalidad literaria la sinceridad y resolución con que cambiaba de sentir, retractando sus posiciones anteriormente defendidas, apenas un nuevo aspecto del problema o una reciente aportación antes desconocida, le abría la probabilidad de nuevas soluciones. Ni ha faltado, como

(20) BERTIL AXELSSON, *Ein drittes Werk des Firmicus Maternus?* (Lund, 1937).

(21) DOM MORIN, *La critique dans une impasse: à propos du cas de l'Ambrosiaster*, en la "Revue Bénédictine", 40 (1928) 251-255.

(22) "... quoique jamais je n'aie tardé volontairement à dénoncer mes erreurs". *Etudes, textes et découvertes*, p. VIII.

decíamos, quien achacara a vicio estos virajes repetidos (23).

En él, ciertamente, no eran sino esfuerzos por apoderarse de la verdad, la gran pasión del alma, que dom Morin sentía, como San Agustín. Aguda y certeramente respondió a las censuras con esta observación, tomada de las mismas obras de su competidor: "Jamás ha de estimarse como insoluble un problema. Hay que confiar, por el contrario, en el perfeccionamiento progresivo de los métodos, y en que cuanto más hipótesis se han probado más cerca está uno de dar con la mejor" (24).

En varias ocasiones manifestó su vivo deseo de escribir sus "Retractaciones". Ya en 1913 nos dió un recuento de sus *Estudios, Textos y Descubrimientos*, de la primera mitad de su carrera, con oportunas anotaciones y enmiendas: "Espero—decía—que las presentes *retractaciones* producirán [...] más efecto que mis declaraciones anteriores" (25).

Hace pocos años, refiriéndose a un caso concreto, escribía:

Acabo de enviar a la *Revue d'histoire ecclésiastique*, de Lovaina, unas páginas a propósito de sus recientes descubrimientos relativos a San Vicente de Lerins y al presbítero Eutropio, cantando mi culpa sobre el *De similitudine carnis peccati* (26). Yo creo que el resto de mi larga vida se va a reducir a retractaciones de este género. ¿No observa usted que hay curiosas semejanzas entre la manera de Eutropio, la de Baquiario y la de las dos damas españolas editadas por mí en la *Revue Bénédictine*, de 1928? (Friburgo, 2-XI-1942).

Más comprensivamente, pocos meses antes de morir, vuelve sobre el mismo anhelo, sintiendo ya las sombras precursoras de su fin, si bien su alma columbra nuevas claridades

(23) Batiffol, en plena contienda sobre la paternidad de los *Tractatus Origenis*, zahería un tanto sangrientamente a su adversario: "Dom Butler nous apprend que Dom Morin renonce maintenant à attribuer les *Tractatus* à Grégoire d'Elvire et est disposé à les considérer comme étant du cinquième siècle! Nous ne manquerons pas de tenir nos lecteurs au courant des nouvelles variations d'hypothèse de Dom Morin, car il varierait certainement encore, ces *Tractatus* ne pouvant être du cinquième siècle qui sont cités avant 400 par S. Zénon de Vérone et S. Gaudențius de Brescia!" "Bulletin de littérature ecclésiastique" (abril, 1901) 136.

(24) Son palabras de Batiffol, en su libro *Six leçons sur les Évangiles*, 2 edic., p. 63, citadas por dom Morin, *Autour des "Tractatus Origénis"*: "Revue Bénédictine", 19 (1902) 227.

(25) *Études, textes et découvertes*, p. IX.

(26) Se refiere al artículo *Brillantes découvertes d'un jésuite espagnol et retractation qui s'ensuit*: "Revue d'histoire ecclésiastique", 38 (1942) 411-417.

ante la esperanza cierta de quienes van a continuar su grande obra. Desde Orselina, Locarno, "Al Sasso", escribía en noviembre último:

Aquí no tengo libros, y estoy alejado de todo centro de cultura. Lo único que podré hacer, cuando la inflamación de los ojos me lo permita, es escribir una revisión, con correcciones, de mis trabajos de hace más de sesenta años: *Retractaciones*. Por lo demás, ya a mi avanzada edad, de ochenta y cinco años, no debería uno escribir. Todo un equipo de jóvenes trabajadores se levanta en Maredsous para reemplazar a los desaparecidos. *Illos oportet crescere, me autem minui* (16-XI-1945).

Muy de temer es, por desgracia, que el merilísimo investigador no haya podido realizar este examen de conciencia de su carrera científica, que brindaría a los lectores el precio inestimable de su juicio depurado sobre su inmensa obra.

Las líneas poco ha transcritas pertenecen a la última carta del sabio benedictino en esta correspondencia.

Como usted ve—comenzaba—, heme visto obligado a dejar a Friburgo, duramente quebrantada mi débil salud el invierno último. Me han hecho venir aquí bajo este cielo más elemental del Tessin, a orillas del Lago Mayor; para cuánto tiempo, no lo sé.

La acción de los años y el desgaste con tan prodigiosa actividad pesaban sobre el ilustre anciano, agravados sus efectos con los rigores y privaciones de la guerra. Tal estado de ánimo se refleja con frecuencia en sus últimas cartas.

El presente estado del mundo ha puesto fin, según creo, a mi actividad literaria; mi única esperanza es que de aquí a poco va a imprimirse el segundo volumen de la edición de S. Cesáreo de Arlés, y, sobre todo, que dom Lambot nos va a dar al fin los Opúsculos inéditos de Godescalco (29 de julio, 1944).

Mi ardiente deseo sería trabajar hasta el fin. Pero la edad y la debilidad me lo impiden con frecuencia; siento los ojos fatigados; el clima y el régimen alimenticio han agotado mis fuerzas y preveo que dentro de poco será menester abandonar este mundo. Perdone estas pobres letras en razón de las circunstancias. Su carta de usted, del 13 de diciembre, ha tardado todo un mes en llegar a mis manos. Tenemos aquí cuatro Padres jóvenes de Montserrat, muy inteligentes todos ellos, los cuales han venido en avión, por Lyon, Colonia, Stuttgart, en nueve horas nada más de viaje! (11 de enero, 1944).

Por lo que a mí toca, estoy tan debilitado por los rigores del clima y la falta de alimentación adaptada a mis necesidades, que ya no podré hacer gran cosa en lo sucesivo, a poco que la guerra se prolongue. No he vuelto a salir desde Todos los Santos, y no

tengo biblioteca alguna conveniente a mi disposición. Muy pronto tendré que cantar el "Cursum consummavi"; el resto será para la eternidad, y ¡cuánto más hermoso, si Dios tiene misericordia de mí! (4 de marzo, 1944).

Este clima mortífero y la insuficiencia de alimentación me han reducido al límite de mis fuerzas (Friburgo, mayo, 1944).

El 12 de febrero último, en la residencia benedictina Al Sasso, Locarno, el Divino Escriba, custodio y regulador del *Scriptorium* de las vidas humanas, vino a poner el *Explicit* en la de dom Morin, voluminosa, plébrica de contenido, de impecable paleografía, como un códice miniado del medievo. Había cumplido ochenta y cinco años, sesenta y cuatro de profesión religiosa y sesenta de sacerdocio. Era miembro de varias Academias y Sociedades culturales de Francia y Bélgica y Doctor "honoris causa" de la Universidad de Oxford en la Facultad de Letras.

Una artística fotografía, hecha por el profesor Magistretti, de Milán, hermano del que fué Prefecto de la Ambrosiana, nos lo presenta en pleno crepúsculo de su apacible senectud. Sereno, sencillo, transfiguradas de un candor de niño sus rugosas facciones de anciano, ampliamente desnuda su combada frente al fuego interno del pensamiento, miopes y opacos sus ojos desgastados con el roce asiduo de enrevesados códices; una figura peregrina e inactual, violentamente desplazada de otras épocas donde ha pasado la vida, cautiva su mirada hacia el interior, como quien sigue escuchando voces misteriosas del pasado.

Sus cartas, en firmes trazos de vigorosa caligrafía, aun en su vejez, como arrancados a un códice carolino, revelan la noble alcurnia de su espíritu. Atento y desinteresado, sabe sacrificar el tesoro de su tiempo para satisfacer a repetidas consultas científicas; generosamente sensible y acogedor, se adelanta con su aplauso al menor éxito de sus amigos; deferente ante la diversidad de opinión, jamás la conciencia de su posición le ciega para no reconocer el valor de la del contrincante. Su lealtad ante la verdad, aun con el renunciamiento y cambio de sentencia, fué proverbial.

Toda nueva publicación le hallaba alerta, tendidas las antenas a captar el interés y alcance de las nuevas conclusiones, y con el elogio benévolo y desinteresado, que era voz de aliento para los principiantes.

Es un día de fiesta para mí éste en que recibo su artículo *Un tratado desconocido de San Vicente de Lerins*. ¡Excelente desde cualquier punto de vista! Especialmente interesante para mí, que

veo en él la confirmación de mis presunciones sobre la génesis del "Quicumque". Os felicito de todo corazón; y aunque no sea en manera alguna necesario, os autorizo plenamente para hacer saber a todo el mundo que suscribo a dos manos todas vuestras conclusiones (Friburgo, 6 de mayo, 1940).

Y su atención delicada salvaba las distancias, para seguir el curso y las diversas fases de la investigación:

Con vivo reconocimiento y alegría suma acabo de recibir su libro *Excerpta Vincentii Lirinensis*. ¡Feliz usted, que en plena libertad puede entregarse de lleno a nuestros queridos estudios! En cuanto a mí, por desgracia, sólo me queda la muerte y la paz del cementerio. Yo quisiera, aunque no sé cómo hacerlo, dar a conocer al público vuestro hermoso descubrimiento. Y hasta me he ilusionado un momento con descubrir un nuevo manuscrito de los *Excerpta*; pero, ahora, todo está puesto en seguridad y encerrado por temor a los bombardeos, y nada se puede consultar mientras dure esta horrorosa guerra. Entrado ya en mis ochenta años, poco puedo prometerme ya de trabajo, a no ser que acepte la invitación del Rvdmo. Abad de Montserrat (10-XII-1940).

Gracias sinceras por su "Mater Ecclesia", que viene a traerme un aumento de gozo espiritual en el día de Todos los Santos. Juntamente con la del Buen Pastor, es ésta una de las imágenes más queridas para mi alma. ¡Todavía recuerdo qué emoción despertó en mí la noble dedicatoria MATRI ECCLESIAE del primer libro que publicaba Batiffol después de su dolorosa condenación! (2-XI-42).

El nombre de dom Germán Morin marca una época en los estudios de la literatura cristiana antigua y medieval, sobre todo en la Iglesia latina. Su vida está identificada con las diversas fases de avance de esta erudición. Puede decirse que con los datos de su biografía es dado escribir el progreso de tal investigación durante medio siglo.

La historia de las letras reconocerá en él rasgos excepcionales de investigador: conocimiento profundo de la lengua y cultura circundante al objeto estudiado; confianza decisiva y equilibrada en su propio juicio, muy necesaria ante la mole desmedida de ciertas empresas que llevó a cabo; laboriosidad serena e indomable, que no reconoció fronteras en la pesquisa de archivos y bibliotecas, ni se aturdió con el estruendo de dos guerras mundiales; instinto casi infalible, olfato crítico o *narís emuncta*, como él solía llamarla, que obtiene ante el público categoría de proverbio. En sus manos la crítica interna y el método comparativo de la tradición maurina alcanzaron un nivel no igualado hasta ahora.

Sus grandes obras sobre San Jerónimo, San Agustín, San

Cesáreo de Arlés, se caracterizan por cierta grandeza sobria y acabada; firmeza y dominio magistral de trazos, equilibrio y elegancia definitivos; construcciones para la eternidad. Calladamente encierran las vigiliias prolongadas durante decenas de años, las incomodidades de viajes y consultas fatigosas, la paciencia laboriosa en la lectura de viejos manuscritos. Todo ello se sirve al lector con introducciones latinas llenas de saber, de atuendo renacentista e impecable presentación tipográfica.

Hay números, sin duda alguna, en la lista de sus escritos, que la posterior investigación hallará faltos de documentación definitiva y fruto más de apreciación que de imposición de datos. Son los de menos valor y significación, aun desde el punto de vista de su extensión. Su monumento más duradero que el bronce, y que desafiará al progreso de la erudición, lo forman: los gruesos volúmenes de *Anecdota Maredsolana* (I. *Lectionarius Ecclesiae Toletanae*, 1893; II. *Clementis Romani ad Corinthios epistulae versio latina antiquissima*, 1894; III. 1. *Hieronymi Commentarioli in Psalmos, editio princeps*, 1895; III. 2-3. *S. Hieronymi tractatus inediti sive Homiliae in Psalmos*, 1897, 1903); las ediciones monumentales *Sancti Augustini Sermones post Maurinos reperi*, 1930, y *S. Caesarii Arelatensis Opera omnia*, 1937, 1942; los hallazgos de los *Opúsculos* de Godescalco y cien otros descubrimientos e identificaciones ya consagradas por el fallo de la crítica universal. Piedra miliaria para las generaciones venideras, en una de las encrucijadas del saber.

JOSÉ MADOZ, S. I.

Facultad de Teología, Oña (Burgos).